

**ACTO DE APERTURA**



DISCURSO DEL PROF. DR. JOSE LUIS ILLANES, DECANO  
DE LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD  
DE NAVARRA

Excmo. Señor Rector Magnífico,  
Excmo. y Revmo. Señor Arzobispo,  
Excmos. e Ilmos. señores,  
Señoras y señores:

Una vez más la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra abre sus aulas para la celebración de un Simposio Internacional de Teología —el cuarto de los organizados hasta la fecha—, y me corresponde a mí, como Decano, dar la bienvenida a cuantos participaremos en estas jornadas y pronunciar unas palabras introductorias.

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»<sup>1</sup>. Esta importante y conocida declaración del Concilio Vaticano II constituye el eje central del tema que en esta ocasión nos reúne. En el transfondo, el grandioso plan divino de salvación: el amor insondable de Dios Padre, que se nos manifiesta y comunica con la encarnación del Hijo y se actualiza y difunde por la acción incesante del Espíritu. Y, en consecuencia, la realidad de la Iglesia, comunidad formada por hombres, conocedora de la debilidad y, aparentemente, sometida por entero a la historia, pero, no obstante —mejor dicho, en su misma historicidad y debilidad, en lo que tiene de humana y de visible—, epifanía y canal del don divino.

«El cometido fundamental de la Iglesia» —escribía Juan Pablo II— «es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la ex-

---

1. CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 1.

perencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús»<sup>2</sup>. Al cumplir esa misión, la Iglesia no invita a dirigir la atención hacia algo distinto de ella misma, sino al centro de su propio ser. La Iglesia no es sólo evocación y recuerdo de la vida de un Jesús que nació y murió hace siglos, y subsiste ahora en los cielos, no es sólo anuncio, no es sólo palabra, sino también sacramento: la Iglesia habla de la vida que ella vive, más aún, de la vida que ella misma es y que a través de ella se trasmite. Porque, como dijera el Fundador de esta Universidad, «Cristo vive en su Iglesia», que es «el sacramento universal de la presencia de Dios en el mundo»<sup>3</sup>: toda acción divina, en la presente economía de salvación, dice relación a la Iglesia, se entrelaza con ella, ordena a ella.

Hace apenas una semana, el Romano Pontífice, en la oración compuesta para los sacerdotes con ocasión de la festividad del Jueves Santo, invitaba a profundizar en el carácter de don, de dádiva gratuita, de regalo divino, que tienen la Eucaristía y el sacerdocio<sup>4</sup>. Y lo mismo cabe decir de los restantes sacramentos y de la Iglesia entera. Considerar la sacramentalidad es ver a la Iglesia surgiendo del don divino y siendo informada y como arrastrada por él. Es pues hablar de la dignidad de la Iglesia, pero de una dignidad recibida, donada, y por tanto no de derechos, sino más bien de acción de gracias, de disponibilidad y de servicio.

Es a ese amplio panorama al que vamos a asomarnos a lo largo de estas jornadas. El primer día, Mons. Antonio María Javierre y el Prof. Leo Scheffczyk nos situarán ante las coordenadas fundamentales. En la mañana siguiente, los profesores Armando Bandera y Javier Hervada nos ayudarán a profundizar en la Iglesia como comunión. Finalmente, en la jornada conclusiva, de la mano de los profesores Johannes Stöhr y Pedro Rodríguez, nos adentraremos en cuestiones de orden más inmediatamente práctico, para concluir considerando, con Mons. Teodoro Cardenal, los sacramentos en relación con la misión de la Iglesia.

No me resta ya sino agradecer a los diversos ponentes, a quienes acabo de mencionar, y a los demás participantes, su colaboración en este Simposio. Y augurar que, al igual que en anteriores ocasiones, nuestro trabajo resulte fecundo.

2. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis*, n. 10.

3. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, nn. 102 y 131.

4. JUAN PABLO II, *Oración dirigida a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo*, 25-III-1982, n. 8.